

Homenaje a D. Domingo Amunátegui
nació en el centenario de su
nacimiento, de Cereales del Tránsito.

Frias en su énfasis laudatorio son, de costumbre, las palabras que se dicen en los homenajes póstumos, y los esquemáticos conceptos que en ellas se expresan parecen referirse, más que a una individualidad real, compleja en sus defectos y virtudes, a una acomodaticia idealización de rasgos fijados para siempre como en anticipo de la estatua. Porque, así como llegada la "cierta muerte" de que hablara el clásico, la carne se desprendió de sus huesos para deshacerse en la alquimia de la tierra, también su personalidad moral va perdiendo en la memoria de las generaciones su rica y coloreada textura hasta convertirse en imagen esqueta, cada vez más estilizada a medida que el tiempo transcurre, burlando sus perfiles con lenta, inexorable pertinacia.

Al tener que participar en este homenaje que se rinde al ilustre chileno que fué don Domingo Amunátegui, con motivo de cumplirse el centenario de su nacimiento, he comprendido, sin embargo, que no podría hacerlo en los términos usaderos para un acordado discurso oficial. Mucho me honra, por cierto, ser en esta ceremonia recordatoria el ~~inter-~~portador de los sentimientos de la Facultad de Filosofía y Educación que don Domingo Amunátegui presidió y en cuyo ámbito desarrollo gran parte de su actividad docente; ^{del Instituto Pedagógico del cual fué director.} pero no me mueve ahora el estímulo de honra tan significativa - que bien ^{puede} entregar a otro más digno de ostentarla - sino un íntimo mandato de conciencia que viene de mi ~~lejana~~ lejana juventud.

No voy, pues, a abundar en elogios al servidor público - que lo fué y de rango ejemplar Don Domingo Amunátegui; tampoco cábeme - porque lo harán quienes tienen competencia para ello - comentar su obra de historiador y de sociólogo; y aunque sea propio de mi oficio y función, también eludiré considerar las iniciativas que promovió y las responsabilidades que tuvo en la educación del Estado. Al margen de toda formalidad circunstancial y a riesgo de transgredir ^{normas} ~~normas~~ ^{pautas} de severa observancia en reuniones como esta, me limitaré a destacar su selecta condición humana para que se aprecie con mayor nitidez el alcance de una entrañable deuda que con él contraí en mis tiempos de estudiante, deuda no saldada por mí - apesar de mi voluntad de hacerlo - durante su larga

vida, ~~nuevo~~ a la que ahora he de hacer un modesto ~~aportamiento~~ abono de irrestricta cordialidad.

Conocí a don Domingo Amunátegui cuando corrían los años de la Primera Guerra Mundial y los de mi generación íbamos descubriendo, desde los bancos del Instituto Nacional, los múltiples y fascinadores horizontes de la cultura y de la vida. Tiempos inquietos aquellos, tiempos fermentales, en los que fuerzas de signo impreciso, surgiendo de las profundidades de una sociedad que entraba en violenta crisis, comenzaban a dar sentido nuevo a la evolución de los pueblos y al destino de los nombres. Chile vivía y trabajaba todavía con el lento ritmo de su poderosa tradición, dentro del marco austero de instituciones que parecían inalterables, al amparo de valores morales de fuerte arraigo en la conciencia social.

Entre los muros ya agrietados y como con pátina de historia del Instituto Nacional, bullía una muchedumbre vivaz de niños y adolescentes, orgullosos de pertenecer al primer colegio de la República y de recibir las enseñanzas de los profesores más prestigiosos de la época. La disciplina escolar era formalmente rigurosa; sin embargo, una atmósfera de gran familia, de ~~decente~~ ^{digno} estilo patriarcal atemperaba las rigideces de los reglamentos y la severidad de los estudios. La distancia entre los profesores y los alumnos sólo era salvada en circunstancias de excepción, pero había profesores, con acendrada vocación de tales, que de un modo natural, tenían para sus alumnos la misma condescendencia perdonadora ~~que para sus propios hijos~~ que ~~tenían~~ para sus propios hijos.

Uno de ellos, don Domingo Amunátegui. No tuve la suerte de ser su alumno, pero más de alguna vez seguí desde afuera, desde un banco próximo al amplio ventanal de la sala de clases, en el patio de las añosas palmeras tutelares, sus animados diálogos con los muchachos de su curso, a cuyas preguntas que solían ser indiscretas ~~de~~ ^{daba} siempre oportuna respuesta en su tono de franca bonhomía. Al revés de otros carentes de verdadera alcurnia espiritual que, por lo mismo, se mantenían en actitud ~~xx~~ un tanto hierática, temerosos de menoscabar su respetabi-

lidad que sabían precaria, don Domingo Amunátegui, al par de su cátedra de historia, ejercía el alto magisterio de sencillez propio del auténtico educador: que solo pueden serlo de verdad aquellos que en la madura condición del hombre han logrado conservar la primigenia limpieza del alma. *Lamentable es que, por lo común, estas cualidades, sólo lleguen a ser comprendidas y valorizadas por los alumnos cuando han dejado de serlo.*

Años más tarde - no muchos - peregrinas contingencias de la política estudiantil me llevaron a la Presidencia de la Federación de Estudiantes. Desde 1920, -para señalar una fecha ya consagrada por la relevancia de lo que en ella ocurrió- era la Federación de Estudiantes amplio foro en el que se debatían todas las doctrinas, en elevado plano de libertad y tolerancia, y activo centro de irradiación ideológica en el que se gestaban, además, campañas entusiastas encaminadas a rehacer, sobre bases de justicia social y de solidaridad humana, la vida chilena. Una juventud alerta y generosa de sí misma, en permanente tensión de vigilia intelectual, esperaba cada día el mensaje esclarecedor de sus patéticas inquietudes, ávida de alcanzar las grandes verdades que le permitirían comprender mejor la vida y el mundo, para servir mejor al hombre y a la sociedad.

Vueltos hacia la realidad social en trance de rápidos cambios luchábamos contra instituciones que sentíamos caducas y contra los símbolos de un estado de cosas que debía, a nuestro juicio ser superado. Nuestro ánimo - si fué a menudo excesivo en su vehemencia crítica - nunca dió asilo a odios egoístas, ni a resentimientos deleznales. Nunca luchamos contra las personas como tales, pero fuimos injustos con algunas porque no supimos ver, detrás de las actitudes oficiales en que ellas se nos presentaban desde lejos, promoviendo nuestro ruidoso antagonismo, la nobleza intrínseca de su condición humana, valor que sólo con la experiencia de los años aprendemos a destacar por encima de otros que, siendo eminentes y sugestivos para la juventud, son siempre subalternos en su esencia.

Cúmpleme decirlo ahora, sin menguada reticencia, ni escurridizo enfemismo: fuimos injustos, en aquellos años, con don Domingo Amu-

nátegui. Al iniciarse entre nosotros - recuerdo que con un pretexto baladí - el primer movimiento de Reforma Universitaria, él era Rector de esta Universidad de Chile. Lo conocíamos por su actuación pública, pero no en su varonía cabal. Ignorábamos la amplitud de su ilustración y la riqueza de su espíritu, la extensión y variedad de sus trabajos de investigador erudito, la perfecta bondad que daba a su carácter el único signo de excelencia que reconocía Beethoven. Ignorábamos que muy pocos hombres de su generación tenían la disposición suya para comprender las nuevas ideas, en su función histórica, y aprehender el alcance de los movimientos sociales que tanto nos interesaban. Ignorábamos incluso sus esfuerzos en favor de la modernización de nuestra enseñanza y los múltiples logros a él debidos en el desarrollo de la cultura nacional.

Sólo veíamos en él al representante de una sociedad que pretendíamos cambiar y al Rector de una Universidad que nos parecía anacrónica. Muy pronto hube de comprender nuestro error de juicio y la injusticia de nuestra conducta. Desde entonces, he deseado una oportunidad como esta para decirlo, sin afán alguno de tardía reparación porque don Domingo Amunátegui no la necesita, ni tampoco para buscar efectos de intención educativa. Únicamente lo hago para espontáneo desahogo de mi espíritu, en una efusión cordial de sinceridad justiciera. Es el Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, a la que tantos desvelos dedicara, quien ^{adhiera, a nombre de la Corporación del Int. Pedag.} ~~advierte~~ al merecido homenaje de reconocimiento y de recuerdo que hoy ~~se~~ le tributa, pero -permitidme- que sea ^{en mi} el antiguo Presidente de la Federación de Estudiantes quien traiga al ~~ant~~ Rector de ^{en tiempos de juventud} ~~esta~~ la expresión ^{emocionada} de su respeto y de su afecto, como testimonio vivo de que las generaciones universitarias se enfrentan y se suceden en esta vieja Casa de Estudios, a veces, aparentemente en pugna, aunque siempre íntimamente solidarias ~~en~~ en la honrosa tarea de mantener y acrecentar el patrimonio cultural de nuestra patria.

(M = Segovia)